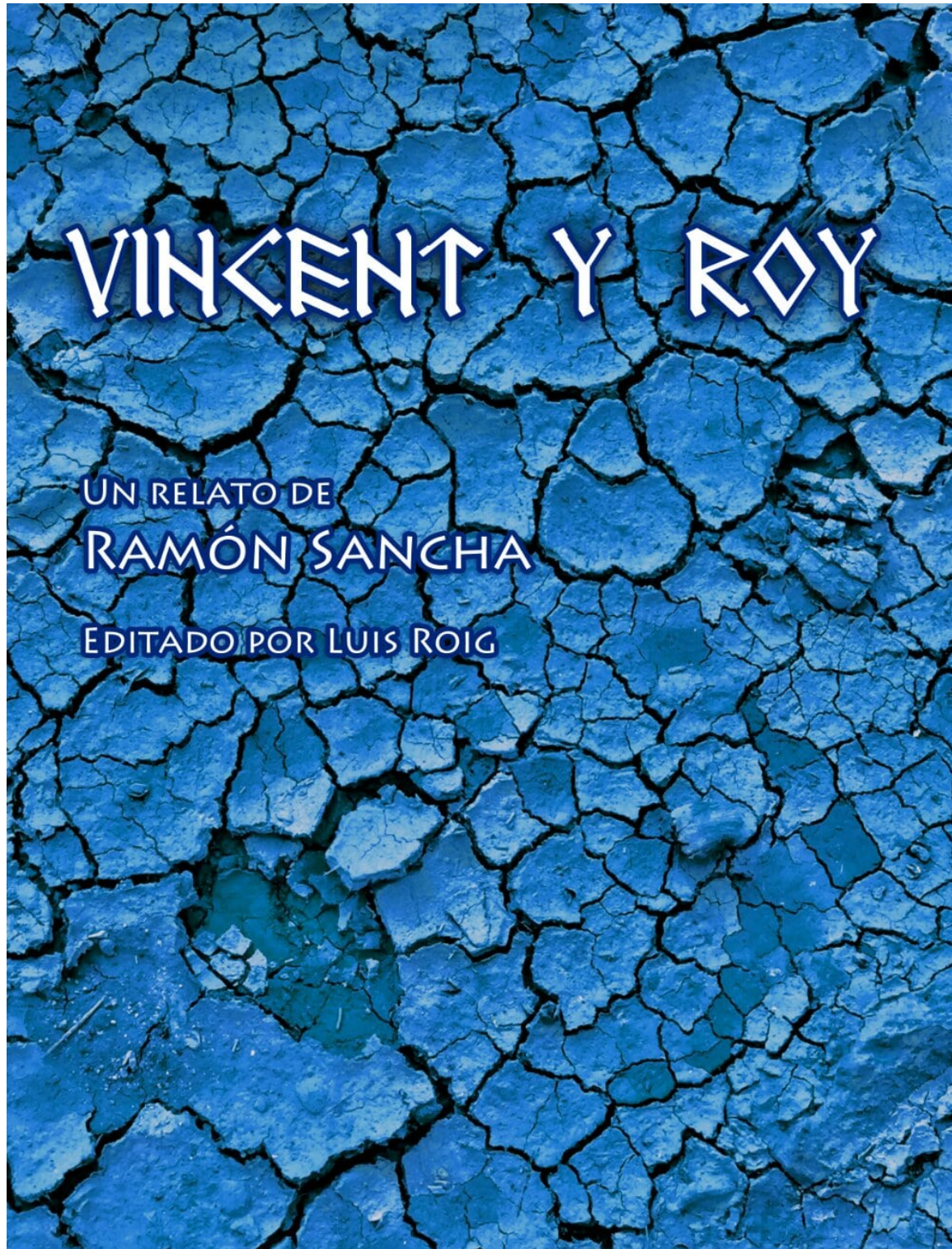


Vincent y Roy

Ramón Sancha



Capítulo 1

Vincent y Roy

Ramón Sancha (edición de Luis Roig)

-¡Aaaggh! Esto es barro azul, ¿sabes? No se va fácilmente de la ropa - dijo Vincent, remangándose los bajos de la túnica por encima de la rodilla - Y además, huele fatal.

Los dos chavales avanzaban lentamente a través del fango que anegaba la entrada a la mazmorra. Un lugar abandonado y sombrío. Aunque tampoco tan horroroso como las ciénagas malditas de las que se hablaban en las historias de Bárbaros con las que se deleitaba a los niños al calor de una hoguera. Pero aquí no había ni esqueletos ni goblins: tan sólo era un lugar incómodo. Quizá fuera un sitio donde pillar un resfriado, pero desde luego no era dónde empezar una aventura épica. Pero bueno, quedaba bastante cerca del pueblo, y podrían estar de vuelta antes de que sus padres notaran su ausencia.

De los dos, Vincent era el que más lento caminaba, en parte porque sus piernas nunca habían sido muy fuertes, y en parte porque odiaba ensuciarse. Además, llevaba puesta ropa que había tomado prestada a su abuelo. Su abuelo había sido un mago moderadamente poderoso, pero que había acabado por buscarse un retiro tranquilo en un pueblo que estuviera un poco apartado, y sobre todo, que estuviera bien lejos de tener que emplear magia para lo que fuera.

Vincent adoraba a su abuelo, y sobre todo, adoraba su biblioteca. Estaba repleta de libros mágicos, hechizos, criaturas fantásticas, y la información sobre cómo encontrarlas (como apuntillaba siempre su abuelo: "Para no tener que acercarse a ellas nunca"). Le encantaba preguntarle sobre magia, y a su abuelo le encantaba hacer como que no le oía.

Vincent era el décimo tercer nieto de su abuelo, y a su juicio, esto era una razón lo suficientemente mágica para afirmar que él era heredero legítimo de su poder mágico. Ante tales pretensiones, su abuelo no hacía más que repetirle que lo único que heredaría de él serían sus piernas flacuchas, y un difuso dolor de espalda que se presentaría en cuanto el ambiente fuera un poco húmedo.

-Roy, Roy, Roy, ¡creo que se me ha metido un bicho en la bota! - gritó Vincent a su compañera. Pero Roy ya iba por delante, demasiado excitada (y demasiado acostumbrada a las quejas de su amigo) como para prestarle atención. A Roy no le importaba el fango, ni los bichos, ni la creciente oscuridad en la que se adentraban. Desde luego, a ningún Bárbaro le importaban el tener que sufrir incomodidades o ensuciarse las

botas. ¡Eso cuando tenían la suerte de llevar botas! Lo que hacía un Bárbaro era avanzar sin miedo hacia su Destino. Y por supuesto, el Destino de Roy era ser una Bárbara Famosa, tal como lo fuera su abuelo Rogh, El Conquistador.

Siendo rigurosos, el sobrenombre de Rogh no le vino por haber conquistado ningún reino. Rogh fue siempre un Bárbaro bastante educado para los estándares de su época: nunca amenazó a nadie, ni rompió nada sin antes pedir permiso. Si en su tribu le hubieran tomado en serio, quizá habría sido Rogh, El Apocado.

En realidad, el apelativo de Rogh le fue concedido por la abuela de Roy, Lady Margaret de Villarrústica. Lady Margaret formaba parte del séquito personal de la hija de una noble condesa. Ambos se vieron envueltos en una embarazosa situación cuando la tribu de Rogh asaltó la ciudad de Pert-ert-Agahz durante la Época de Pillaje de Primavera (festividad muy celebrada en la región).

Lo único que conquistó Rogh fue el corazón de Lady Margaret, aunque él siempre lo consideró como la cúspide de su carrera como Bárbaro. Tras casarse, se retiraron a una pequeña granja y se dedicaron a la cría de la cabra mestiza de Ponz, una especie delicada y valiosa en peligro de extinción (quizá por su extraño afán de montar cualquier otra especie que no fuera la suya).

Roy siempre tuvo claro que su futuro no estaba en la granja de su abuelo: ni como curtidora de piel de cabra, ni tallando cuerno de cabra, ni haciendo nada con cualquier parte de cabra (excepto comer su carne, quizá). Ella saldría con escudo y espada y tomaría del mundo lo que quisiera, como hacían los Bárbaros De Verdad. Pero claro, para eso había que empezar con alguna aventura (aunque fuera de entrenamiento).

Primero pensó en escalar la torre del ayuntamiento y robar la bandera del pueblo. ¿Pero para qué quería un trapo marrón con una cabra en el centro? Eso no interesaría a nadie, se llevaría la mayor reprimenda materna conocida en la historia de Rocazul, y además la torre era bastante alta. Por eso, cuando Roy y Vicent escucharon por primera vez la historia de la Bestia que vivía en el pantano, un escalofrío de emoción recorrió la espina dorsal de Roy. Vincent también sintió algo en su zona dorsal, pero no fue exactamente emoción.

Según las historias, hacía ya muchas generaciones que la gente evitaba pastorear sus cabras por aquel lugar. Esa tierra baldía estaba repleta de cieno azul, producto de la mezcla del polvo de las piedras azules que daban nombre al pueblo y del agua estancada que anegaba la zona. Ya de por sí, eso era razón suficiente para evitar transitar por allí, pero lo que realmente puso la imaginación de Roy a cabalgar fueron los cuentos sobre rebaños enteros desapareciendo misteriosamente frente a las entradas de

las supuestas mazmorras que aun existían, esparcidas entre las ruinas de lo que en su día fuera un castillo.

Si realmente hubo algún castillo tiempo atrás, de lo cual nunca hubo constancia histórica (es decir, no había vecino lo suficientemente viejo que lo recordara), toda aquella estructura se había venido abajo y había quedado reducida a escombros y ciénagas, ahora simplemente hogar de mosquitos y lagartos. Un lugar donde ni las estúpidas cabras de Ponz se atrevían a aventurarse.

-Roy, Roy, Roy, ¡aquí hay runas! - Vincent estaba emocionado de verdad al ver las inscripciones. Estaban esculpidas en una columna de piedra que surgía de entre la ciénaga como si hiciera un último esfuerzo por tomar aire antes de sumergirse completamente en el olvido y el asco.

-Sí, está todo en runas - contestó Roy desde la cima de una escultura equina en la que ya solo se reconocía la cabeza del caballo - Así va a ser imposible encontrar la entrada a las mazmorras.

-Um, creo que... ¿te has leído alguno de los libros que te dejé?

-Eh, claro. Claro que sí - Claro que no, pensaron ambos.

-Ya, claro. Bueno, mira: esto de aquí es casi ilegible, pero en esta parte algunas están claras.

¿Ves esto? Dice: "No bajar". Bueno, o a lo mejor es "Bajando". No sé, las lenguas muertas son complejas de conjugar.

-Mi tío Org también tiene la lengua muerta, y habla raro - intentó aportar Roy a la conversación.

-"El ruido el permiso no tiene". Lo siguiente está medio borrado, y luego "Ella duerme en la mazmorra y el espacio es estrecho". Y aquí ya directamente no se ve nada por el moho.

-¿Seguro que lo has leído bien? Eso que dices no tiene ningún senti...- En ese momento, la cabeza del caballo se hundió tan rápido que a Roy le dio la sensación de caer desde la torre del ayuntamiento. La estatua desapareció dejando en su lugar un gran y oscuro agujero. Una vez pasado el shock inicial, Vicent se acercó cuidadosamente al recién estrenado pozo, tanteando con cuidado el terreno: no iba a dejar que la preocupación por su amiga se impusiera a la preocupación de caer por un precipio insondable.

Roy se quedó sentada en el hocico del animal de piedra, ahora en el fondo del pozo, mirando al cielo nocturno hasta que la figura de un largo y

picudo capuchón de mago se recortó contra la silueta de la luna llena.

-¡Creo que he encontrado la entrada a la Mazmorra! - gritó Roy. - ¡Ahora solo tienes que bajar!

-¡Voy a intentar algo, pero estate atenta! - respondió Vincent.

Roy no daba crédito a lo que vio a continuación: su amigo juntó las manos en un gesto que estaba entre rezo y concentración, y mientras murmuraba algo, sus pies empezaron a elevarse sobre el fango azul. El cuerpo del aprendiz de mago parecía una pluma al viento mientras descendía lentamente por el pozo hasta quedarse a un metro del suelo. Roy permaneció inmóvil viendo a su amigo suspendido en el aire y Vincent no abrió los ojos, sin parar de murmurar su letanía indescifrable.

-Bájame- masculló entre dientes Vincent.

-¿Qué?

-No sé como se para esto, Roy. ¡Bájame! - volvió a mascullar Vincent.

Roy estudió la situación con detenimiento, miró a su alrededor, suspiró profundamente, y saltó sobre su amigo-globo-aerostático. Los dos cayeron abrazados sobre el suelo, sorprendentemente seco, de la caverna que acababan de descubrir.

Una vez recuperada la verticalidad, y comprobado que la tendencia de Vincent por levitar había terminado por el momento, la pareja tomó la determinación de seguir el camino descendente, ya que no podían volver a subir hacia arriba. Una puerta de grandes dimensiones, que alguna vez tuvo hojas de madera gruesa y herrajes de metal, hoy era apenas una gran boca desdentada.

En el largo descenso, los amigos tuvieron tiempo de imaginar miles de cosas horribles que les acechaban en el siguiente recodo de los escalones de piedra. Iluminados por las pequeñas antorchas que llevaban en las mochilas, no encontraron nada de lo que se esperaba de una mazmorra según las novelas juveniles que solían leer: ni decoraciones siniestras, ni murales que describieran horrorosas historias olvidadas, ni tan solo una gárgola que fuera un poco demoníaca.

Los escalones terminaban en una enorme puerta que se oponía a su avance. Esta tenía mejor conservadas sus hojas de roble fosilizadas, aunque estaban algo descolgadas y entreabiertas. Sus dimensiones eran apabullantes: eran tan alta como para que entrara el carro del viejo Tío Tromso con sus cuatro bueyes, por lo menos. Y eso que el viejo buhonero lo llevaba siempre hasta arriba de cachivaches y aparatos para destilar patatas. Y en cuanto a lo ancho, podrían caber de sobra 15 cabras en

formación, o quizá más.

Roy fue la primera en andentrarse en lo desconocido. Vincent aguardó bajo el dintel a escuchar la voz de su amiga anunciando que no había peligro, o a verla salir corriendo. Una de las dos cosas pasaría, y él estaría preparado para cualquiera de las dos. Cada segundo pesaba como una losa para el asustado aprendiz de mago, que ya no podría retorcer más los faldones de su túnica. Por fin, oyó la voz de su amiga llamándole.

Bajo la crepitante luz de las antorchas, pudieron ver que el lugar al que había entrado no tenía ninguna otra salida. Solo una pared de escombros se elevaba hasta un infinito sombrío. Lo que sí era seguro era que, aparte de la puerta por la que habían entrado, y de las rocas y la tierra amontonados delante suyo, no había ningún otro sitio a donde ir.

-¿Y ya está? ¿Aquí se termina la mazmorra? - Roy no podía estar más triste dentro de su incredulidad. Se estaban arriesgando al tirón de orejas más épico de su vida para descubrir que no había ninguna aventura con la que volver. Ni tan solo un maldito tesoro, ni una espada roñosa o un escudo con un relieve bonito.

- Aquí no hay nada de nada, solo piedras y otra estúpida cabeza de caballo gigante - se lamentó, disponiéndose a darle un puntapié a esa cosa en el morro.

-Roy, Roy, Roy... NO hagas eso ¡PARA! - Pero el oído que tenía que recibir las advertencias de Vicent estaba anestesiado por la rabia y la vergüenza de ser una aventurera poco digna de la leyenda de su abuelo.

Fue en el tercer puntapié que Roy propinó en aquella enorme cabeza cuando el supuesto "caballo" levantó uno de sus párpados grises, y lo que quedaba de sala se iluminó con la luz similar a la de una fragua, despedida por una pupila roja y negra. Roy se quedó congelada, con la pierna aún levantada y apoyada en el labio inferior de aquella cosa. No podía dejar de mirar el abismo negro que era el centro de aquel ojo.

El labio superior se elevó lentamente, como si fuera una persiana hecha de laminas de piedra, y mostró un colmillo del tamaño de Roy, que seguía hechizada y patidifusa como pajarillo que se encuentra de frente con un halcón. Un bufido de desdén mandó a Roy volando hacia la pared contra la que Vincent apretaba su espalda, deseando poder atravesarla ya fuera física o mágicamente.

-Roy, Roy, Roy. Un dragón. Un dragón. - repetía Vincent sin apartar la cabeza de la bestia que sobresalía de los escombros, como si un castillo entero se hubiera derribado encima suyo.

-Sí, eso es justo lo que pasó.- la voz del dragón sonó como un trueno dentro de sus cabezas, pero ningún sonido salió de sus fauces. Fue como si hablara directamente al pensamiento de los dos aterrorizados muchachos. – A un rey estúpido se le ocurrió la brillante idea de poner a un dragón protegiendo su Tesoro, así que contrató a un hechicero para capturarme y tenerme metida en el sótano de su casillo. El muy imbécil ni siquiera se paró a comprobar si yo iba a caber dentro o no.

-La geometría es importante en la magia... señora. Por eso, los magos y los hechiceros somos gente muy distinta – pensó Vincent, procurando que su sonrisa pareciera amigable. Procurándolo mucho.

-Tranquilo, muchacho – respondió la dragón – Aunque quisiera devorarte tendrías que hacer tú casi todo el trabajo, y no pareces tener ganas de lanzarte a mis colmillos. Ni siquiera si te lo piden por favor, ¿cierto?

-¿Qué narices pasa? – pensó Roy – Un dragón nos está hablando directamente en la cabeza. No es como pensaba que irían las cosas.

-No. Pensabas, o más bien, soñabas, que tu primer encuentro con alguien de mi especie acabaría contigo empuñando una espada y bañándote en mi sangre, como un Nuevo Sigfrido.

-¿Un Sigqué?

-¡Por amor de Dios, Roy! ¡Lee de una vez algún libro de los que te presté!- De alguna forma, el miedo que sentían se iba disipando al comprobar lo penoso de la situación de la bestia. Aquel épico combate tantas veces soñado comenzaba a parecerles algo vacío, sin honor alguno.

-Pues ningún otro hombre dejó de aprovechar en el pasado una situación así. ¿O cómo si no pensáis que un hombre de metro ochenta puede matar a una criatura diez veces mayor que él? ¿Manejando muy bien la espada? ¡Ja!

- ¿Yo podría ...? – pensó Roy.

-Con esa birria de espada, quizá. Tardarías bastante, pero si buscas por debajo de las escamas de mi cuello, verás que también hay carne. Y algo más, pero tú no lo entenderías.

La dragón mostro las imágenes de un Bárbaro comportándose tal y como se esperaba de un Bárbaro, y aquello hizo que Roy comenzara a comprender por qué su abuelo dejó todo aquello.

Vicent y Roy se sentaron en los escombros a escuchar en silencio en la mazmorra, que se había convertido en la tumba de los pensamientos de aquel ser milenario. Les contó que antes de acabar allí vivió por encima de

las nubes, conoció las leyes mágicas que gobiernan las realidades, hasta que el capricho de un rey la arrastró a la oscuridad y a la muerte.

No sintieron lástima por la aventura que no habían vivido, pero en el camino de vuelta a casa sintieron que habían ganado algo, aunque no sabían muy bien el qué. Nunca contaron donde se habían metido aquel día, pero volvieron a bajar a la mazmorra siempre que pudieron, para seguir viendo en sus mentes las historias que ella, la que duerme en la mazmorra, les contó hasta el día en que la fragua que había en su mirada se apagó para siempre.